

Escribir sin papel

Poemas



EL NIÑO NEGRO

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



EL NIÑO NEGRO

Andaba Humboldt Thomas vagamente,
desordenado el ritmo de sus pasos
que huían de encontrar su línea recta,
su camino cabal, su rumbo exacto.

Acordaba a su paso de tropiezos
continuos, el transcurso en la cabeza
de ideas rotas, nunca terminadas,
eslabones sin sueño de cadena.

Cantaba una canción y la olvidaba;
y reía; y lloraba; y sonreía;
y el rostro triste; y la sonrisa abierta;
y la muerte en sus ojos; y la vida.

¡Qué singular su cuerpo campesino
caminando entre enormes rascacielos!
¡Qué dulce en esa ciudad blanca
su limpio cuerpo negro!

Humboldt Thomas oía el grito sordo
que a su paso sembraban los portales
convocando a los ángeles y al miedo
y al mirlo de la tarde,

a que llegaran juntos y cantaran
una canción de cuna en sus oídos,
a detenerlo, a convertir en piedra
su andar indefinido.

Lo recibió la escalinata blanca
del hospital del Santo Niño Cristo,
de Jackson, Mississippi, junto al lago
Ross Barnet, un tranquilo

día del mes de julio, cuando el aire
abandona el frescor de la mañana.
En la sonrisa de la señorita
de turno de la entrada,

creyó entender que el corazón del mundo
le gritaba “¡Cuidado, Humboldt, quieto!
Él saludó y entró y no le hizo caso,
pero lloró por dentro.

Al doblar cada tramo de escalera
subiendo ciego a la tercera planta,
el aliento de fuego de la tarde
se cuele en la ventana.

Y le abraza un instante mientras, uno
tras otro, va subiendo cien peldaños,
y él entiende sin dudas la advertencia
de que detenga el paso,

de que no suba ni entre ni se siente
junto a la cama de la 3-14,
como desde hace meses viene haciendo
los días y las noches.

Pero subió y entró y su corazón
vomitaba a sus ojos todo el miedo
de las desgracias de la tierra y, blanco,
arrimaba el asiento

que hacía meses arrimaba siempre
a la cama pequeña y se sentó
a mirar en silencio la cabeza
sin vida ni color

de su hijo Henry, de ocho años cumplidos,
nacido en Jackson, sin hermanos, fuerte,
y ahora sumido en un triste letargo,
hermano de la muerte.

Siete meses eternos ya llevaba
de apoyar la redonda cabecita
sobre la almohada, igual que si en la arena
una piedra sin vida

hubiera el mar dejado. Su mirada
dormía oculta tras los tiernos párpados,
igual que tapa lo que tiene el mundo

la noche con su manto.

En su juego de chicos, una tarde,
trepó de un olmo grueso hasta la verde
copa, cuajada en trinos de pinzones,
coro de voz alegre.

Al moverse un ramón en que apoyaba
su peso, cayó al suelo. Su cabeza
se golpeó tres veces en las ramas
antes de dar en tierra.

Y en el suelo de grama, fue un muñeco
sin la luz de la vida. Sus dos ojos
grandes y vivarachos, rebosantes
de brillo luminoso,

ya no se han vuelto a abrir desde aquel día.
Sus labios, flor de carne y de sonrisas,
enmudecieron para siempre entonces,
vacíos de alegría.

Y desde entonces vive Humboldt Thomas
mirando la carita de su niño,
viéndola cada tarde entre las sábanas,
viendo sus finos rizos,

durmiendo por las noches; viendo siempre
en otros chicos a su Henry quieto;
escuchando su voz en otras bocas,
su beso en otros besos.

Y llora Humboldt Thomas desde entonces
al tener que besarlo en esa cama
blanca del hospital de Jackson,
sin pronunciar palabra.

Del pecho y de las ternes muñequitas
de Henry Thomas salen hasta quince
cables y tubos gruesos y delgados.
“De nada han de servirle”,

han sentenciado todos los doctores,
lamentando lo pobre de su ciencia,

“Abandónala, Humboldt, la esperanza:
sólo su muerte espera”.

Pero ya no la espera. Sabe Humboldt
que su niño dormido para nada
respira ya, que no verá otro ocaso,
ni olerá otra mañana.

Y se levanta y con su dedo firme,
desconecta el zumbido inagotable;
y va sacando suavemente todos
los tubos y los cables.

Y es caricia la fuerza de sus brazos,
cuando saca el inane cuerpecillo
y lo envuelve y lo sienta entre sus piemas
y le canta al oído.

Y en un susurro el canto va vestido
de las viejas canciones de su infancia
y va llenando el aire tibio y triste,
mezclado con sus lágrimas.

El chico no se mueve, no sonrío.
El padre lo sostiene en un abrazo
y, al ritmo perezoso de su nana,
lo mece muy despacio.

Besa la sien templada, también besa
la dulce piel que dora la mejilla
y el casi imperceptible aliento roza
su mano campesina.

El corazón le dice a Humboldt Thomas
“La muerte sube, ay, qué lentamente”.
Cierra entonces los párpados el padre
y la luz se le pierde.

Y se recuerda niño Humboldt Thomas,
con ocho años cumplidos, en Saint Joseph,
Luisiana, a las orillas verdeantes
del Mississippi enorme,

los tórridos veranos, contemplando

los barcos deslizándose cansinos,
escenarios efímeros huyendo
por las venas del río.

Y él, a la orilla, solo o con los otros,
a cantar se quedaba las canciones
que le enseñó su padre, tristes letras
de algodón y reproches.

Y el calor los dejaba en la ribera
adormilados al caer la tarde
y el aire violeta daba fondo
a sus risas brillantes.

Su canturreo vuelve a despertarlo
y el corazón se estrecha con el nudo
de una soga invisible. Todavía
la muerte unos minutos

se retrasa. Los párpados del chico
tiemblan por un instante. La garganta
del padre aún más se estrecha. Un nuevo beso
roza la sien helada.

Y, sin temblar, las manos de su padre
lo sostienen en vilo, sin mirarlo,
y lo recuestan en la blanca sábana,
rendido a su letargo.

Muerto el niño y también muerto se queda
el corazón del padre, y muerta el habla,
y la mirada muerta, y queda muerto
con la memoria blanca.

Humboldt Thomas, de un pueblo de Luisiana,
primero campesino, luego obrero,
sigue cantando y llora. Luego cubre
la cabecita de su pobre hijo
muerto.